

sus hermanas enfermas. Aunque salvó el instituto, principió á desmejorarse su salud bajo la presión del trabajo, y se fué por un tiempo á tomar las restauradoras brisas de Hampshire.

Pero se oyó de nuevo otro grito pidiendo auxilio. La guerra de Crimea seguía con furia. Había gran necesidad de enfermeras prácticas. Los soldados heridos estaban tirados en los hospitales del Bósforo, casi sin asistencia. Obedeció ella á sus nobles impulsos, y fuése en el acto en su auxilio. Embarcóse en un buque que iba á Scutari. Lo hacía con gran riesgo, con riesgo de su vida, de penalidades, contingencias y peligros de todas clases. ¿Pero quién piensa en los peligros cuando el deber impele al espíritu valeroso? La señorita Nightingale se hizo cargo de todo lo que se le pidió. Marchó al centro de los sufrimientos humanos, cuidó de los soldados y marineros heridos, organizó el sistema de enfermería, y tomó en sus manos la vigilancia de todo.

Los heridos fueron aliviados por la paciente asistencia y cuidados de la dama inglesa. Los soldados la bendecían al ver aer sobre sus almohadas la sombra de su imagen por la noche. No sabían su nombre, la llamaban ingenuamente « la dama de la lámpara ».

He sleeps! who o'er his placid slumber bends?
His foes are gone, and here he hath no friends.
Is it some seraph sent to grant him grace?
No! 'Tis an earthly form with heavenly face!¹

Los soldados adoraban á la dama doncella. Se abstentaban de pronunciar frase alguna en tosco lenguaje y que pudiera lastimarla. Cuando se hacía necesaria una operación, soportaban el dolor sin retroceder. Hacían todo lo que podían por seguir su consejo y su ejemplo. Ella por su parte, tomó un cariño grande á los soldados rasos. No sólo se esmeraba en proporcionarles el bienestar personal, sino que mantenía correspon-

1. ¿Duerme! ¿quién se inclina sobre su plácido sueño? Sus enemigos se han ido, y aquí no tiene amigos. ¿Es algún ángel enviado para concederle la gracia? ¿No! Es una forma terrestre con semblante humano!

dena con sus amigos de Inglaterra, de Irlanda y de los lejanos valles de Escocia. Ella les guardaba su dinero. Consagraba una tarde de cada semana para recibir y enviar sus economías á sus amigos de la patria. ¡Cuán agradecidos le estaban los soldados! ¡Y cuánto pensaba ella en ellos y cuánto los cuidaba!

« El valor sencillo, dice ella, la sufrida paciencia, el buen sentido, la fuerza para sufrir en silencio ¿qué nación pone de manifiesto más que esto en la guerra, de lo que es manifestado por su más común soldado?... Digan los hombres lo que quieran, hay algo más verdaderamente cristiano en el hombre que da su tiempo, su fuerza, su vida, si es preciso, para algo que no sea él, llámelo su reina, su patria ó su bandera, que en todo el ascetismo, ayunos, humillaciones y confesiones que jamás se hayan hecho; y ese espíritu de dar uno su vida, sin llamarlo sacrificio, en ninguna parte se encuentra como en Inglaterra. » ¡De ese modo tenemos mucho que aprender de la vida y ejemplo dado hasta por el más común de los soldados!

La señorita Stanley siguió á Crimea á la señorita Nightingale. Se confió á su cuidado un segundo destacamento de cincuenta enfermeras y señoras. Las condujo á Constantinopla, y ella permaneció en Turquía durante cuatro meses, cuidando en el hospital naval de Therapeia, y después estableciendo el hospital militar de Koulalee. Cuando vió llegar á los soldados heridos en Inkermán, escribió á una amiga de Inglaterra: « No sé qué espectáculo desgarrar más el corazón, si el ver á hombres bien formados y fuertes consumidos por las fatigas, y sucumbiendo á causa de ellas, ó á los otros que vienen horriblemente heridos. Todo el día de ayer fué ocupado en coser fundas de colchones, después en lavar y ayudar á los cirujanos en la cura de los heridos, y en ver que los infelices fueran acomodados con todo el bienestar que las circunstancias permiten, después que han estado encerrados durante cinco días á bordo de un buque, y en cuyo tiempo no han sido curadas sus heridas. De las once reparticiones que están á mi

cargo, murieron once hombres durante la noche, sencillamente de debilidad y desfallecimiento; lo que, en realidad, pudo haberse evitado si hubieran podido obtener la clase de alimentos que se debieron haber recibido. »

Al regreso de la señorita Stanley á Inglaterra, se consagró á proteger á las mujeres y viudas de los soldados. Compró una casa con jardín en York Street, Westminster, donde fundó un gran lavadero industrial. Obtuvo del gobierno un contrato para la provisión de ropa para el ejército, y de ese modo aseguró mucha ocupación para las mujeres desvalidas. La señorita Stanley se lanzó con gran energía en la tarea de aliviar y cuidar á las mujeres de los pobres de Londres. Sólo era una, donde hubieron debido ser diez mil, pero la verdadera mujer halla y hace la labor que está más próxima á ella. Daba diariamente su vida para servicio de otros. Era la personificación del sacrificio de sí misma. Poco le importaba conseguir ó no la aprobación de los demás. Á algunas que deseaban andar por las sendas que ella había recorrido, les dijo : « Nunca olvidéis al doctor Arnold. Me repito dos veces al día lo último que él escribió en su diario : Dejad que yo trabaje para cumplir con la voluntad de Dios, pero sin estar ansioso de hacerlo antes de que otro lo haga, si tal es la voluntad de Dios. »

El buen ejemplo produce siempre buenos frutos. Otras señoras siguieron fielmente los mismos pasos. Entre éstas debe ser mencionada la señorita Florencia Lees, quien no solamente ha sido enfermera en campaña, sino que ha enseñado á otras las obligaciones de enfermera científica. Es singular cómo surge en el corazón el primer impulso para hacer una buena obra. La pérdida de un hermano querido en China fué lo que la fortaleció para la tarea. Había muerto en el hospital naval de Shanghai, y al imaginárselo atendido por manos extrañas, sintió el vehemente deseo de hacer á otros lo que otros habían hecho por él.

Esto aconteció cuando ella era una niña. Fué consultado el difunto obispo de Winchester, y le dijo que era demasiado temprano para que se consagrara á una misión semejante.

« Esperad hasta que vuestro pesar haya pasado, esperad á que vuestro espíritu haya madurado. » Pero su espíritu estaba poseído por la resolución y la esperanza. La señorita Nightingale era su heroína. La consultó y obtuvo de ella los mejores consejos y ayuda, por lo que hace á su educación en ese concepto. Por fin, después de tres años de espera, entró en el hospital de Santo Tomás, y principió su práctica como enfermera. Después pasó al hospital de *King's College*, y adquirió valiosa experiencia y práctica. Para completar sus conocimientos de enfermería pasó varios años en Holanda, Dinamarca, Alemania y Francia. En Kaiserworth, Alemania, hizo los cursos prácticos de costumbre para jefe de enfermería, y recibió un certificado de capacidad. Á la bondad del señor Hasson, director general de los hospitales civiles en Francia, debió el permiso para trabajar en los principales hospitales de París, á cargo de las hermanas católicas romanas. Fué agregada como *hermana postulante*, con las Agustinas, las damas de Santo Tomás de Villanueva y las hermanas de caridad de San Vicente de Paul. Fué una gran satisfacción para las hermanas, y una gran dicha para sí, el que trabajara tan en armonía con ellas, á pesar de sus diferencias de religión y manera de pensar.

La bondad de las hermanas hacía ella personalmente, está por encima de todo elogio. Fué tratada por ellas, en verdad, mucho más como una hermana y amiga, que como una persona separada de ellas por sus creencias religiosas, por la patria y la vida seglar. Á más del conocimiento práctico así adquirido, aprendió de ellas muchas lecciones de buen humor en medio de las dificultades, y de esperanza y confianza en una providencia predominante, hasta cuando parecía que todas las cosas andaban mal, y de fortaleza y una completa abnegación de sí mismas y de todo lo que tenían en AQUEL de quien eran y á quien servían. Allí aprendió á conocer cuán necesaria virtud es el buen humor en todos aquellos que quieren servir y atender á los enfermos.

Los últimos estudios prácticos y los más valiosos, los obtuvo la señorita Lees gracias al bondadoso permiso del general Le-

bœuf, entonces ministro de la guerra en Francia. Por su influencia fué permitido trabajar en los hospitales militares franceses, aprendizaje que era doblemente precioso por el interés tomado en su adelanto por el difunto Miguel Levy, quien era director general. Había sido lo que llamaba un compañero de la señorita Nightingale en Crimea, y en obsequio á ella, hizo pasar á la señorita Lees por un curso más severo de disciplina y ejercicio, de lo que hubiera sido posible para una hermana francesa, ó, como regla general, para muchas mujeres inglesas, según él decía. Sin embargo, el conocimiento práctico que adquirió por la bondad personal de Mr. Miguel Levy, en el Val-de-Grace, era tan importante, que jamás fué olvidado en el transcurso de su vida ulterior.

Poco después de su regreso á Inglaterra, tras este largo noviciado en el arte de la enfermería, se declaró la guerra entre Francia y Alemania. Los periódicos estaban llenos de los resultados de las primeras sangrientas batallas. El ejército vencedor seguía adelante y dejaba que perecieran los heridos. Por miles quedaban echados al aire libre, sin que se les cuidara y desamparados. El corazón de la enfermera fué conmovido por la compasión y la simpatía. En el acto se puso en marcha para el continente, acompañada por tres señoras alemanas, pero muy luego se separaron para diferentes direcciones. Atravesando la Bélgica fué á Colonia, donde vió á los soldados heridos que se hallaban acostados en filas á lo largo de los andenes de las estaciones. Después á Coblenza y á Tréveris, y en seguida á Metz, que era su estación. Era una ruda jornada cuando dejó el vapor. En medio de la confusión había perdido su equipaje, pero allí estaba ella, sola.

El mariscal Bazaine se había refugiado en Metz con un gran cuerpo de tropas francesas, y el príncipe Federico sitiaba la ciudad con un ejército de alemanes y de bávaros. La señorita Lees fué nombrada para un hospital en Marangue, á retaguardia del ejército sitiador. Llegó al lugar. Era el caserío de una alquería. Un cobertizo estaba convertido en hospital; era un lugar muy desagradable y de escasa comodidad. La enfermera

dormía sobre un pequeño saco llenado con paja. Había pocos medicamentos y menos alimentos. La enfermedad que prevalecía era el tífus ocasionado por la humedad de las trincheras. El lazareto ú hospital tenía lugar para veinte y dos camas, y éstas estaban siempre ocupadas.

La enfermera de un hospital de campaña tiene ante sí una tarea que no es fácil de cumplir. Cuando llegaban los hombres enfermos, tenían primero que ser lavados; si venían de las trincheras, estaban sus pies tan incrustados de lodo que había que ser raspado antes que pudieran lavarlos. Una vez aseados, eran puestos en sus camas, y se les daba los medicamentos. Había que lavarles las ennegrecidas bocas á los soldados, tener cuidado de su aseo personal, humedecer sus cabezas por la noche para contener su delirio, bañar sus manos y sus caras, cambiarles los colchones para evitarles que se lastimasen y todo esto en medio de las circunstancias más deprimidas.

Algunas veces se ponían los soldados delirantes. La señorita Lees ha narrado la historia de su vida en el hospital de fiebre delante de Metz ¹. Una noche estaba sola. Oyó un ruido en la habitación alta. Subió y encontró á un soldado delirante que intentaba forzar la puerta. El infeliz quería irse á su casa, al lado de su *liebe Mutter* (querida madre). Llamó á otro enfermo para que la ayudase, y diciéndole que iría al siguiente día á su casa, consiguió que volviera á su cama. Otro soldado en la habitación baja, buscaba un cuchillo debajo de la almohada de su compañero de cama. La señorita Lees se apoderó del cuchillo, que estaba efectivamente allí, y lo guardó en lugar oculto. Pero cuando el cirujano hizo la visita, le suplicó que no la volviera á dejar sola de noche en el hospital.

La enfermera trabajó allí durante muchas semanas. Muchos murieron, algunos fueron curados y enviados á sus casas para su convalecencia, y unos cuantos volvieron al servicio. Al fin se rindió Bazaine; sus prisioneros fueron enviados á Alemania,

1. *Good Words*, 1873.

y el *príncipe colorado* y sus tropas marcharon á sitiar á París. La señorita Lees había cumplido su cometido en Metz, pero la tarea que se había impuesto no estaba aun terminada. Fué llevada, en parte sobre una locomotora, á Hamburgo, donde se la puso á cargo de un hospital de soldados heridos, bajo la superintendencia de la princesa heredera de la corona de Prusia. La principal dificultad con que tuvo que luchar allí era para asegurar una ventilación conveniente. Los médicos alemanes detestan las corrientes de aire. Conforme abría la enfermera una ventana, y se ausentaba, mandaba el médico que la cerraran. Acudió entonces á la princesa heredera, y al cabo consiguió la ventilación conveniente. Es innecesario seguir la historia de la señorita Lees. Después de su regreso de Alemania, se preparó para hacer un viaje al Canadá y á los Estados Unidos, para inspeccionar los hospitales de aquellos países. Realizó su propósito en el invierno de 1873, vió todo lo que había que ver en Halifax, Montreal, Toronto, Cleveland, Nueva York, Boston, Filadelfia, Wáshington y Anápolis. En estos últimos años está la señorita Lees de directora de la Asociación de la enfermería de Westminster, continuando en su buena obra.

Muchas mujeres, jóvenes y de edad, se consagran noblemente á trabajos iguales á éste. Van á las casas de vecindad y callejuelas de nuestros pueblos y de nuestras ciudades, y cuidan de aquellos que, si no fuese por estos servicios, sucumbirían. Ni sus manos ni sus almas se manchan por el hecho de llevar á cabo los quehaceres más humildes y repugnantes en favor de aquellos de sus semejantes que sufren. ¿Necesitamos citar el trabajo de la señora Walker, entre las muchachas pobres de Poplar, de la señorita Octavia Hill en el West End Courts, de la señora Vickars entre las mujeres perdidas de Brighton, de la señorita Róbinson entre los soldados en Portsmouth? Hay que reconocer que éstas son obreras excepcionales, y que el mundo aun está atestado con los desamparados, los caídos, los pobres, y los abandonados, sin auxilio alguno.

Existe muchísimo heroísmo en la vida ordinaria, que nunca

llega á ser conocido. Quizá existe mucho más heroísmo entre los pobres que entre los ricos. Los primeros tienen mayor simpatía por sus semejantes. Un mendigo de la calle dijo que siempre obtenía más limosna de las pobres muchachas de la calle que de cualquiera otra clase de personas. La virtud impone respeto, aun bajo el traje de un mendigo.

« Los hombres hablan de los héroes y del elemento heroico, » dice Mr. Binney; hay abundante lugar para la manifestación de este último en muchas posiciones oscuras de la vida de las ciudades, y muchos de los primeros han vivido y obrado noblemente, á pesar de quedar ignorados. Las biografías más nobles no siempre han sido escritas. Ha habido hombres grandes y heroicos, que han luchado en sus deberes diarios, que han sufrido y que se han sacrificado, conservando su integridad, que han servido á Dios, y ayudado á sus semejantes, sosteniéndose á sí mismos, que han desplegado en todo esto, cualidades de carácter, de inteligencia, de valor y de bondad, que habrían honrado á un obispo, á un general, ó á un magistrado.

Últimamente hemos perdido á María Carpenter, una verdadera hermana de la caridad. En el transcurso de su vida activa se consagró á recoger pobres abandonados. Fundó y dirigió un instituto de reforma en Bristol, cuyo éxito fué una revelación para todo el país. Armada con la pureza de propósito, anduvo por callejuelas y barrios por donde apenas podía atreverse á andar un policía. Los horrores de los *back slums*¹ se desplegaron ante su vista. De estos miserables alojamientos consiguió ella los niños para sus escuelas de pobres. Puso manos á la obra con una intrepidez igual á la del mismo Juan Howard. Su pluma trabajaba incesantemente, poniendo este asunto de continuo ante la atención del público. Al fin ganó una gran victoria, porque el gobierno adoptó su proyecto, y

1. Callejuela apartada en la ciudad, en particular las que están llenas de gentes pobres, sucias y viciosas; también cualquier vecindad ó retiro obscuro, como los *Slums* de Westminster, que son los alojamientos favoritos de los ladrones. (Nota del T.)

estableció institutos y escuelas de reforma, que tanto han hecho en favor de las clases abandonadas. Hay miles de hombres en nuestro ejército y en nuestra marina, y en todas nuestras industrias, que tienen motivo para bendecir el nombre de María Carpenter. La avanzada edad no pudo detener su obra misericordiosa. A los sesenta años se fué á la India, para sembrar las semillas de su sistema de educación en el mundo oriental. En todo hizo cuatro visitas á la India, siendo la última en 1876, cuando se acercaba á los setenta años. Vivió para ver que el fruto de sus trabajos surgía, en todas direcciones, en una generación de hombres y de mujeres, que, si no hubiera sido por ella, habrían quedado envueltos en el vicio y en el crimen. ¿Qué puede decirse de tales mujeres y de sus nobles hermanas en semejantes trabajos de abnegación, sino que constituyen la honra y la esperanza de la raza humana?

La difunta Chisholm escogió un nuevo campo de labor. Se consagró á ayudar para que emigrasen mujeres jóvenes, y vigilarlas hasta que estuviesen debidamente establecidas. Cuando iban á partir de Southampton con un gran número de emigrantes, fueron obsequiados ella y su esposo con un banquete, en el cual hizo una relación de la manera cómo había sido impelida hacia tarea semejante. « La idea de la vida, dijo, cuando ésta es debidamente cumplida, es una tarea que conduce á la indecible dicha del cielo; así lo aprendí cuando era una criatura, sobre las rodillas de Legh Richmond. Y recuerdo también después de esto, en mis primeros años, que jugaba con botes representados por cáscaras de nueces, ocupándolos en transportar á través del océano á los miembros de familia separados, para que todos se reuniesen en país extranjero. Y también recuerdo perfectamente haber puesto á un predicador wesleyano con un sacerdote católico en una misma cáscara como formando parte de mi juego. Mis ideas sobre estos puntos deben haber nacido de la costumbre que tenía mi madre de hacerme quedar en la habitación, cuando iban de visita los vecinos, algunos de los cuales eran viajeros, y hombres de pensamiento, que hablaban sobre las misiones, — pues enton-

ces principiaron los misioneros á ser un tópicó de la conversación. Estas ideas me asaltaban continuamente conforme iba creciendo. Y tuve la ventaja de tener una madre á quien debo toda la energía de carácter que poseo, cualquiera que ella sea: porque era su consejo constante, que jamás derramara una lágrima, ni que nunca permitiera que el temor me desviara de mi propósito. »

Cuando hubo crecido, se enamoró de un oficial perteneciente al ejército de la India. Pero antes de contraer los esponsales le dijo que sentía que de lo alto le había sido confiada una misión, y ésta era la de consagrar toda su energía al alivio del sufrimiento humano, aun cuando la escena de sus deberes pudiera estar fuera del país. La amó él entonces más aún por esta confesión de niña; se conformó á todo lo que ella propuso; y poco después se casó la hermosa pareja. El esposo cumplió fielmente la condición impuesta; pero no solamente hizo esto, sino que ayudó también á su mujer en su tarea. Llegó la época en que era necesario hacer arreglos en interés de los emigrantes que habían sido mandados en 1850; y el capitán Chisholm se puso inmediatamente á la vela para Australia á su costo. Antes de irse, dividieron en dos partes su pequeña renta y se separaron.

La señora Chisholm fué después á la India, y fundó un instituto para las hijas de los soldados europeos, llamado Escuela femenina de Industria, que aun existe. En 1858 visitaron ella y su esposo la Australia para mudar de aires. « Allí, dice ella, encontré como unas cien mujeres solteras sin protección, sin empleo, continuando la llegada de otras en diferentes buques; y como resultado fatal, caían casi todas en una vida inmoral. Me consagré á la empresa de poner en salvo á estas pobres criaturas, dándoles decente colocación como sirvientas. Por todas partes sólo encontré desaliento, pero perseveré, y tuve éxito en mi propósito. Por fin me concedió el gobernador, que pudiera dormir yo en una pieza pequeña con las muchachas, en el Asilo de Inmigrantes. Es verdad que estaba llena de ratas, como lo vi en la primera noche que entré en ella;

pero las envenené y me mantuve en mi puesto. De esa manera podía ejercer sobre las muchachas una influencia personal al mismo tiempo que las estudiaba. Fundé un colegio para darles ocupación en los bosques, y logré colocar en buenos empleos á centenares de muchachas. En el desempeño de este objeto, hallé necesario al fin que había que mandar á los bosques á grandes partidas de estas desvalidas muchachas para conseguirles colocaciones, y que tendría que acompañar á estas partidas. Esto lo hice durante algunos años. Las partidas variaban de 100 á 150 cada una. Así continué trabajando por muchos años en Australia. Adelanté mucho dinero para la traída de emigrantes; pero me fueron pagados estos adelantos tan honradamente, que todas mis pérdidas no alcanzaron á veinte libras esterlinas durante este período. Y, con la bendición de Dios, fué el medio para conseguir empleo, y para colocar antes de irme de allí, más de mil jóvenes en todo; y siendo una proporción grande de ellas mujeres jóvenes, fueron salvadas de caer en una vida de infamia. Nunca olvidaré el entusiasmo de mi recepción de este día, y el de la salud de mi esposo é hijos, á quienes he criado en el consejo de confiar en sí mismos, y de trabajar por sí mismos; y que nunca busquen la protección del gobierno, ni que tomen sueldo del gobierno, si tienen alguna consideración por la memoria de su madre.»

Algunos pensarán quizá que éstos no son verdaderos ejemplos de heroísmo. Pueden presentarse ejemplos más sorprendentes y que causen mayor admiración, de hombres y de mujeres que se han consagrado á la salvación de las vidas de marinos naufragados en los mares. Nos llega una historia de la Australia occidental, que nos informa de los heroicos hechos de una joven señorita, Grace Vernon Bussell. El vapor *Georgette* había encallado en la costa, cerca de Pert. Acababa de ser soltado un bote con las mujeres y los niños á su bordo, pero fué volcado por la marejada, que era muy fuerte. Los infelices luchaban contra el agua, aferrados al bote, estando sus vidas en inminente peligro, cuando sobre la cresta de

un promontorio escarpado, apareció á caballo una joven.

Su primer pensamiento fué ver cómo salvaría á esas mujeres y niños que se ahogaban. Descendió á galope el promontorio; cómo, es imposible decirlo; apuró su caballo para que entrara en el mar, y más allá de la segunda línea de las rompientes, llegó donde estaba el bote. Consiguió llevar á tierra á las mujeres y á los niños. Había quedado aún un hombre, y volvió á meterse en el mar, y le salvó. Tan bravía estaba la marejada, que se necesitaron cuatro horas para llevar á tierra á cincuenta personas. Conforme estuvieron en la ribera se fué á galope la heroica joven á su casa que distaba doce millas de allí, toda empapada con la espuma del mar, y medio desmayada por el cansancio, para enviar ayuda y socorro á las personas salvadas, que permanecían en la costa. Su hermana ocupó entonces su puesto. Fuése á la ribera atravesando los bosques, llevando consigo una provisión de te, leche, azúcar y harina. Al día siguiente fueron transportados á su casa los salvados, y se les atendió hasta que estuvieron suficientemente repuestos para seguir sus solitarios caminos. Es triste tener que hacer constar que la señora de Brookman, hermana de la heroína, cogió un resfriado á causa de sus esfuerzos, y murió de fiebre cerebral.

No menos valerosa fué la conducta de una mujer joven, en los Shetlands, quien se hizo á la mar para salvar la vida de algunos pescadores, cuando ninguno se quería ofrecer á hacerlo. Había estallado una violenta tormenta sobre la remota isla de Unst, mientras que la escuadrilla pescadora, principal ocupación de los habitantes, estaba en el mar. Llegaron uno á uno los botes á puerto seguro; pero la última lancha estaba aún fuera, y se vió por los que estaban en tierra, que trabajaba y luchaba con serias dificultades. Se volcó, y vióse que los marineros corrían gran peligro. En este estado de cosas, se adelantó Elena Petrie, joven esbelta, y suplicó encarecidamente que á todo trance se hiciese un esfuerzo por salvarlos. Los hombres dijeron que era ir á una muerte segura salir al mar con semejante tormenta.

Sin embargo, Elena Petrie estaba dispuesta á arrostrar la muerte. Metióse apresuradamente en un pequeño bote. Su cuñada se le agregó, y su padre, manco de una mano, entró para dirigir el timón. Ya habían desaparecido dos de la tripulación del bote pescador, pero aun quedaban dos, agarrados de la quilla de su volcada embarcación. Eran éstos á quienes iban á salvar las mujeres. Después de grandes esfuerzos llegaron al bote náufrago. En el momento de aproximarse fué arrancado uno de los hombres por el agua, y es seguro que se hubiese ahogado si Elena no lo hubiera agarrado de los cabellos, y alzado al bote. El otro hombre fué salvado también y todos regresaron en salvo al puerto. Elena Petrie ganaba después su pan en la obscuridad como sirvienta, hasta que el otro día recordó su muerte su existencia á las personas que conocían su historia¹. Es preciso suponer que las heroínas deben abundar en el país donde tales cosas pueden suceder.

¡Y Grace Darling! ¿Quién puede olvidar á la heroica mujer del faro de Longstone? Las islas desoladas de Fern están frente á la costa noreste de Northumberland, grupo de severas rocas basálticas, negras y desnudas, rodeadas por un mar rugiente y peligroso. En tiempo borrascoso son inaccesibles durante días y semanas enteras. No tienen más habitantes que las gaviotas y los mergos que chillan entre las rocas. Pero en el punto más avanzado, la roca Longtone, había sido levantado un faro para indicar que se alejasen de allí los buques que pasaban entre Inglaterra y Escocia. Dos ancianos — un hombre, su mujer, — y una joven, hija de ellos, eran los que cuidaban del faro, en una noche tormentosa en setiembre de 1838.

El vapor Forfarshire iba en su viaje desde Hull á Dundee. El buque se hallaba en mal estado. Las calderas estaban en condición tan mala, que tuvieron que apagar los fuegos poco después de salir de Hull. Con todo, avanzaba aunque con trabajo hasta llegar á Saint Abb's Head, cuando una terrible tormenta lo hizo retroceder. Durante la noche siguió el impulso

1. *Standard*, junio 28 1879

del viento; hasta que por la mañana dió con tremenda fuerza contra las rocas de Hawkers. El buque se quebró partiéndose en dos. Nueve hombres de la tripulación tomaron posesión de un bote, y se dejaron arrastrar por la única salida por donde podía haber escape; fueron recogidos en el mar y llevados á Shields. La mayor parte de los pasajeros y de los tripulantes fueron barridos por el mar y se ahogaron. La proa del buque quedaba fija sobre la roca: estaba ocupada por nueve personas, que gritaban pidiendo socorro.

Sus gritos fueron oídos por Grace Darling en el faro, que estaba á media milla de distancia. Era el último cuarto antes de apagar la luz, á la salida del sol, y Grace montaba la guardia. Aunque continuaba la neblina y el mar aun estaba borrascoso, vió á los pasajeros náufragos agarrados de los cabrestantes de la proa del buque. Le suplicó á su padre que bajara el bote, y se hiciera á la mar para salvar á los infelices que se ahogaban. Guillermo Darling declaró que esto sería marchar directamente á una muerte segura. Sin embargo, bajó el bote, y Grace Darling fué la primera en entrar en él. El anciano la siguió. ¿Para qué hablar del peligro? Las probabilidades de salvamento, de conservación propia, eran escasas. Pero Dios fortalecía el brazo de la mujer, cuando llamó á su corazón; y los dos se lanzaron en medio del espanto y del pavor.

Con gran cuidado y vigilancia, consiguió el padre desembarcar sobre la roca dirigiéndose al buque náufrago, mientras que Grace remaba hacia afuera y entre las rompientes, cuidando de que su bote no fuera hecho pedazos. Uno á uno, fueron colocados en el bote los supervivientes y llevados al faro. Allí estaba la madre pronto para recibirlos, para cuidarlos, alimentarlos y volverlos á la salud y á la fuerza. Allí permanecieron durante tres días, hasta que se calmó la tormenta y pudieron ser conducidos á tierra firme.

Conmovióse el espíritu de la nación con este acto heroico. Innumerables obsequios fueron enviados á Grace Darling. De lejanos puntos fueron algunos artistas para hacer su retrato. Wordsworth escribió un poema sobre ella. Le fueron ofrecidas

veinte libras esterlinas por noche para que se sentase en un bote en el teatro Adelphi durante una escena que representaba un naufragio. Pero ella no quiso abandonar su roca rodeada por el mar. ¿Por qué había de abandonar el faro? ¿Qué lugar más á propósito para guardar á esta reina? Uno que la visitó habla de su legítima sencillez, sus maneras tranquilas y su verdadera bondad.

Tres años después del salvamento aparecieron síntomas de consunción. Á los pocos meses murió, tranquilamente, feliz, religiosamente. Poco antes de su muerte, dice Mr. Phillips, recibió una visita de despedida de una señora quien iba en modesto traje á darle el adiós en su última jornada. La buena hermana era la duquesa de Northumberland, y su corona brillará más clara por siempre, á causa de esa despedida afectuosa y femenina. Juana de Arco tiene su monumento. Que *Grace de Northumbria* no tenga ninguno. El hecho está escrito

... In the rolls of Heaven, where it will live,
A theme for angels whom they celebrate.
The high-souled virtues which forgetful earth
Has witnessed ¹.

En la tierra firme del Northumberland, casi frente á las islas Fern, está el castillo de Bamborough, sobre una elevada roca triangular. En tiempos antiguos era una fuerte defensa contra las incursiones que hacían los escoceses, y también una fortaleza importante durante las guerras civiles de Inglaterra. En estos últimos años ha sido empleado como un asilo para los marineros naufragos, gracias principalmente á lord Crewe, obispo de Durham, y al arcediano Sharp. El noble destino que lord Crewe ha dado á este castillo ha producido mayores bienes que cualquier otra asociación de beneficencia particular en este país. Tienen lugar frecuentes naufragios á lo largo de la

1. En las actas del cielo, donde vivirá siendo para los ángeles tema cuando celebren las elevadas virtudes que la olvidadiza tierra ha presenciado.

costa, y á los naufragos se les da todo el auxilio posible. Hay alojamiento para treinta marineros. Se mantiene constantemente una patrulla que recorre las ocho millas de costa todas las noches de tormenta, y si parece que un buque está en peligro, se bota al agua el bote salvavidas. Durante las cerraciones se tocan las campanas para advertir á los buques que se separen de la costa. Cuando se observa que un buque está en peligro, se tira un cañonazo, y dos si el buque ha varado ó naufragado en las rocas. Al mismo tiempo se iza una bandera grande, para que los naufragos vean que de tierra se ha visto su situación. También hay señales para los pescadores de Holy Islands, quienes pueden apartarse de las islas en tiempo en que ningún bote de tierra firme puede pasar por las rompientes. Toda clase de ayuda se les da, tanto á los de tierra como á los de mar, por este castillo samaritano que se halla sobre los promontorios.

« Así, cual poderoso ángel de guarda, dice Guillermo Howitt, está de pie este noble castillo, como espíritu vigilante sobre esos mares borrascosos y llenos de peligros, y vive esta divina caridad, como excelso ejemplo de lo que puede continuar haciendo un hombre bueno sobre la tierra, aun siglos después de haberla dejado. Cuando alguien vea á distancia las elevadas torres de este edificio verdaderamente sagrado, majestuoso en su aspecto como divino es en su misión, distribuyendo beneficios diarios en la tierra y en el mar, que bendiga la memoria de lord Crewe, como han tenido ocasión de hacerlo miles y decenas de miles, en la profundidad de la pobreza, y en los horrores de la obscuridad de la media noche, y cual lo harán cuando nosotros como él, durmamos en el polvo. »